

—¡Odio esto! Pero tengo que ver al dentista. ¡Esto es tan molesto!
Gay Talese, 90 años, legendario periodista, autor *best seller* norteamericano, uno de los fundadores del Nuevo Periodismo, imprescindible ícono de la ciudad de Nueva York, camina decidido por la 61 con la Tercera Avenida, al este del Central Park, bajo un sombrero Panamá, envuelto en una chaqueta de vestir azul marino, pantalón plomo de tela recto, zapatos de cuero brillante color caramelo. En su traje a la medida busca, entre autos que apenas avanzan, un taxi vacío.

Talese tiene hora a las cuatro con un ortodoncista-implantólogo en la 42 con la Segunda Avenida. Pero un poco pasadas las tres y media de la tarde de un jueves, ningún auto amarillo parece desocupado.
—¿Qué está pasando?!

El elegante y residencial Upper East Side es un enjambre de ruidos —motores, pastillas de freno gastadas, bocinas, sirenas— y peatones que se abren camino. Talese pierde la paciencia. Hace señas furiosas con su sombrero en el extremo de su mano levantada. Lanza maldiciones que nadie atiende. Son las tres y cuarenta y cuatro.

Ve la única ventanilla abierta de un taxi ocupado detenido en la luz roja. Corre. Se asoma y grita al chofer:

—¿Qué tan lejos vas?!

Luego le habla al pasajero, un adolescente con visera y ropa de básquetbol.
—¿Qué tan lejos vas?! ¿Dónde bajas?!

Descolocado, el joven dice que en la 58. Son cuatro cuadras.

—¿Puedo pagar tu viaje? El contador dice 17 dólares.

—¡Necesito que me lleven a la 42 con la Segunda Avenida! —Talese sube la voz—. Oye, te pagaré el doble. ¡Te pagaré el doble! Oye, ¿puedo entrar al auto? Oye, ¿está bien si pago por tí? ¡Pagaré tu carrera! ¡Voy a pagarte la maldita carrera!

El muchacho asiente, incrédulo. Recibe los billetes y se baja.

—¡Muchas gracias! ¡Esto es cariño, hombre! ¡Qué buen tipo eres! —dice y le da unas palmaditas en la espalda.

El chico sonríe. Abrazado a su pelota de básquet, los billetes en la mano, se pierde en el gentío.

Talese extravía la sonrisa cuando siente el sudor del adolescente en el asiento. Saca pañuelos desinfectantes de un bolsillo de su chaqueta.

—Lo que viste fue persuasión —dice el periodista, y luego apunta al conductor—. Este no es un tipo agradable, pero el chico se conmovió, tuvo un gesto de humanidad. Vio a este hombre viejo con sombrero que necesitaba la carrera. Va a la 58, estamos en la 61. Se va a ir caminando. Así mismo puedes persuadir para que te den una entrevista. Lo que un reportero necesita son formas de trato.

Parece la escena de una de esas películas que intentan reflejar el espíritu de esta ciudad. Pero no hay nada fingido aquí.

—Este muchacho vio que yo estaba bien vestido. Vio a este anciano que probablemente está vestido como su abuelo, que era banquero en el pasado. Y se conmovió cuando le dije: “Yo te pagaré”. Muy pocas personas podrían conseguir un taxi así... No presumo, pero presumo... Gay Talese puede hacerlo. ¿Por qué? Porque tiene una forma de hablar con la gente.

“No tengo tiempo para morir”

Conseguir un taxi vacío es cada vez más una hazaña en esta ciudad.

En Manhattan, las instalaciones hechas al aire libre (cobertizos de madera y plástico) que los restaurantes construyeron para sobrevivir en pandemia no se marcharon nunca. Hoy en las calles hay más espacio para personas y menos para autos.

Dos noches atrás, al marcharse de una fiesta en el MoMA, había pasado por lo mismo. Tras despedirse de todos, Talese no pilló taxi que lo llevara de regreso al Upper East Side.

—¡Terrible! ¡Terrible! ¡Tuve que irme caminando a mi casa!

Lo habían invitado a una proyección especial de *The Old Man*, la historia de un hombre en sus setenta, que vivía perseguido por su pasado. Y por la CIA. Un *thriller* de acción del que tampoco Talese pudo saber más: el visionado era del primero de siete episodios de su primera temporada. Como si fuera la *premiere* de una película, su alfombra roja tenía de invitados a ilustres neoyorquinos como él. Otros pasarían directo a la fiesta posterior en The Modern Bar Room, el bar del MoMA, un sofisticado despliegue de tragos y entremeses que confirmaban la larga lista de reconocimientos del lugar, incluidas dos estrellas Michelin y cuatro premios James Beard.

Cuando acabó la función, y ya estuvo Talese apoyado en la barra, martini en mano, bajo una luz tenue, rodeado de gente, amigos, conocidos y desconocidos, que cada tanto se sacaban una *selfie* con él, el escritor preguntó:

—¿Alguien entendió la película?

Hubo risas. Estaba allí la actriz de televisión Kathryn Leigh Scott, el reportero Patrick Oster, la artista Margaret Zox Brown y el octogenario escritor del *New Yorker* Calvin Trillin. Todos confirmaron: no fue la historia que creyeron que verían cuando leyeron en la invitación el título.

En el taxi, camino a la cita con el ortodoncista-implantólogo, Talese recuerda el evento. Quizá no sea el mejor momento, pero preguntó cómo es, para él, ser un

Un día en la vida DE NUEVA YORK

El legendario escritor Gay Talese, reconocido ícono de la ciudad, recorre las calles desesperadamente buscando un taxi. En el viaje del Upper East Side al Midtown Manhattan, como si fuera una de esas películas que reflejan la vida cotidiana de Nueva York, habla de dentistas, de estas calles y de lo que es tener 90 años sin ganas de parar.

TEXTO Y FOTOS: Muriel Alarcón, DESDE ESTADOS UNIDOS.



CONSEJO. “Lo que deben hacer las personas mayores es vestirse bellamente”, dice este hijo de sastre y modista.

hombre viejo.

—Lo mismo que ser un hombre joven. No entiendo la diferencia.

—¿Tener 90 años?

—No es diferente a tener 88. No es diferente a tener 87. No lo sé. No estoy de vacaciones. No estoy en un yate navegando en medio del Mediterráneo. Estoy trabajando. Estoy bajo una maldita presión todo el tiempo. Tengo cien cosas que hacer. Por el amor de Cristo, ino es como si estuviera jubilado! ¡Ino estoy jubilado! Tengo un contrato. Le debo dinero a una agencia. Y tengo un *deadline*. Estoy presionado por ese *deadline*. Tengo mucha responsabilidad por mi esposa, mis hijas, mi casa. Pago impuestos, tengo trámites que hacer, veo gente. Y tengo 90 años, pero no tengo tiempo para morir. No tengo tiempo ni para relajarme. Ojalá tuviera algo de ayuda. No tengo ayuda. Quiero decir, no puedo delegar. Tengo que hacer todo yo mismo. Tengo que conseguir un taxi yo mismo. Y tienes que hacerte un lugar donde no hay un lugar para ti. Tienes que hacerte un lugar donde no hay un lugar como lo hice yo para entrar a este taxi. Y estoy aquí arriba.

Mira por la ventanilla del auto. Vuelve:

—Y no es algo que se pueda delegar, no se puede subcontratar a nadie para que lo haga por ti. No puedes decir: “Muriel, pídemelo un taxi”. Tienes que ir allí y hablar con alguien. Es lo que la gente, con sus malditos computadores, el Zoom, el correo electrónico y el teléfono, no puede hacer. Tienes que hacer contacto visual. Tienes que estar allí. Y la gente no sabe. Ese joven —el basquetbolista— no sabe qué diablos es la vida y es por culpa de ese estúpido teléfono que anda trayendo. No se puede hacer nada con el teléfono, excepto estupideces.

—¿Ha pensado en jubilarse?

—¡No puedo jubilarme! Tengo mucho que hacer. ¿Cómo diablos me retiro? ¿A dónde voy? ¿A un hogar de ancianos?

—Muchas personas lo hacen.

—Algunas personas de 60 años lo hacen. Algunas personas de 45 están jubiladas. O no hacen nada. Son gente floja.

—¿Tiene amigos en hogares de ancianos?

—Mis amigos tienen, ya sabes, ambiciones. Son gente ambiciosos.

El taxi para en la 42 con la Segunda Avenida. El conductor advierte a Talese que descienda con cuidado.

—Las bicicletas vienen rápido —dice el hombre por el retrovisor. Ya estacionado, voltea—. ¡Te amo! Lo que hiciste con el joven está bien... “Dame tu taxi” ¡Eso estuvo genial!

—¿Nunca viste eso antes? ¿Nunca viste que algo así sucediera? ¿Verdad? Viste a una persona única en acción —dice Talese, mientras acomoda su sombrero, antes de volver a las calles de Nueva York.

“Me gusta la vitalidad de Nueva York”

—Vine a ver al doctor Vuong, el gran doctor Vuong, el mejor dentista.

Talese encara un edificio gigante de oficinas del Midtown Manhattan, a la altura del 800 de la Segunda Avenida, cerca de Grand Central y la sede de las Naciones Unidas. Se mueve sociable. Cuando el recepcionista indica las coordenadas de su dentista (suite 812, piso 8), el escritor ordena a quienes esperan el ascensor y les pregunta su piso:

—Sigo a este dentista desde que estaba en una oficina diferente, en el Chrysler. Se mudó aquí hace como seis años.

La del doctor Vuong es una consulta, digamos, como cualquiera: mesón central, dos sillones en la sala de espera. Talese saluda a la recepcionista.

—¿Cómo estás jovencita? ¿Eres nueva? No estabas aquí la última vez. ¿Cuál es tu nombre?

—Melody. Llegué aquí en el verano.

—Voy a dejar mi sombrero aquí, Melody. El *Panama hat* queda en el único perchero en la pared blanca.

En la espera, le comento que releí *Nueva York, ciudad de cosas inadvertidas*, una de sus más famosas crónicas sobre este lugar. La publicó en 1960 para *Esquire* inspirado por las personas que pasaban desapercibidas —los mendigos de la Octava Avenida; los médium del lado oeste; los porteros del este— y los datos extraños que dejaban sus calles —los kilos de pelo rubio que llegaban a las tiendas de pelucas de la Quinta Avenida; el recorrido de los diez perros doberman negros por los rincones de la tienda Macys, de noche, para descubrir si alguien se había quedado escondido bajo de los mostradores o entre los trajes colgados—. Todo aquello que había asombrado al periodista, que llegó a vivir aquí cuando tenía 21. Porque este hijo de sastre y modista de origen italiano, y prestancia neoyorquina, nació en 1932 en Nueva Jersey.

—Me gusta la vitalidad de esta ciudad

—dice—. La razón por la que vivo aquí es porque me gusta la gente y me gustan los diferentes tipos de personas. En sus calles escuchas 16 idiomas distintos. Si te conectas con tu conciencia, empiezas a escucharlos. Mira los colores de la gente. Mira cómo están vestidos.

—¿La ciudad de la que hablaba 60 años atrás es tan similar a la de hoy?

—El libro que estoy escribiendo ahora es más o menos de lo mismo. Tengo la misma curiosidad. Cuando escribí ese ensayo tenía, tal vez, 23 o 24. Y hacía lo mismo que hice hoy con el taxi. Mi madre tenía una tienda de ropa y de ella aprendí mucho sobre cómo tratar con la gente. Lo amable que era con sus clientes. Fue realmente una entrenadora para mí. Me entrenó en cómo poner a la gente de mi lado. ¿Cómo hacer que hagan las cosas? Ella era muy inteligente, muy educada y también se vestía muy bien. Es muy importante vestirse bien. Tienes que vestirte como si fueras una estrella. No puedes vestirte como un empleado de un local de comida rápida. A mí no me importa si voy a un evento o si necesito conseguir un taxi: yo me visto para toda ocasión así.

Talese saca de su bolsillo unas tarjetas de cartón, tituladas con fecha y varias anotaciones a mano, donde registra sus itinerarios diarios. Las hace él mismo con los insertos de cartón blanco que dan forma a las camisetas que retira de la lavandería.

En la de hoy se lee:
3:30 Muriel Alarcón (firma de libros)
4:00 Dr. Anthony Vuong (GT lleva el diente que perdí)

8 PM. Hotel Regency. Cena con Nan, Nick Pileggi (escritor y guionista) & Bill Boggs (productor y animador de TV).

Para los siguientes días, Talese tenía planificada una cena con el fotógrafo Neil Leifer, con el editor Terry McDonnell, y su mujer Stacey. Otra comida, con sus hijas Pamela y Catherine Talese, en el restaurante francés La Goulue. La fiesta del lanzamiento del último libro de la escritora para Vanity Fair Marie Brenner en Perri-

ne, el nuevo restaurante americano de The Pierre Hotel.

—Ahora mira lo que tengo aquí —dice mostrando cartones aún en blanco con los próximos meses—. El doctor va a querer que yo tome horas con él con anticipación. Entonces, ¿qué hago? Traigo los próximos meses.

Luego saca de su chaqueta una bolsa Ziploc, hay un diente en su interior, y una nota donde se lee: “Sábado 4 de junio, 2022. Mientras usaba un limpiador dental, este diente se cayó. GT”.

Cuando aparece Vuong, Talese dice:
—¡El gran, gran cirujano dental! ¡El mejor de Nueva York!

—Yo escribo como un sastre”

Una hora más tarde, Talese agradece radiante al dentista y a su recepcionista por la atención. Vuong resolvió el accidente doméstico con un puente dental fijo. Talese toma su sombrero del perchero y se despide cordial.

—Este tipo es bueno —dice en el ascensor—. Ir al dentista hoy no duele nada. Cuando yo era joven era doloroso. Me hubiera vuelto loco del dolor. Pero ahora la maquinaria permite cosas muy buenas.

Ahora Talese camina por la 43. Está de vuelta en sí mismo: paso erguido, hombros atrás, mirada al frente. Es como si avanzara sobre una línea invisible. Los peatones lo miran con cierto asombro. A esta hora se ve a pocos como él.

Al atardecer, el Midtown se llena de jóvenes ansiosos por vivir la ciudad. Talese se sumerge en la muchedumbre sin distancia y dice que mientras las personas estén ocupadas, no envejecerán.

—Ahora mismo tengo 90 y si me preguntas cómo me siento... ¡No tengo tiempo para sentir! ¡No me queda tiempo para pensar en nada, excepto en lo mucho que tengo que hacer!

—No todos piensan como usted.



ACTIVO. Según el escritor, tener 90 no es diferente a otra edad. “No estoy de vacaciones. Tengo cien cosas que hacer”.



EVENTOS. Talese maneja su propia agenda, que incluye fiestas en lugares como el MoMA.

—¡Por eso son viejos! Si piensas como yo, no eres viejo.

—A veces el cuerpo no acompaña...

—En primer lugar, lo que deben hacer las personas mayores es vestirse bellamente. Cuando eres viejo, debes vestirte hermoso. ¡Lo triste es que la gente se viste tan terriblemente! Y uno lo ve en un funeral. A los muertos los visten bien para meterlos en ataúdes; les ponen una linda chaqueta, un lindo traje y una flor encima. ¡Qué ridículo! ¿No es estúpido? ¿Por qué no estuvieron siempre bien vestidos? ¿Por qué esa gente estúpida antes de morir no se vistió mejor mientras vivió? Si se hubiera vestido mejor, no se habría muerto. Mientras te vistas bien, no te vas a morir. Y además si te vistes bien, piensas mejor de ti mismo. Te miras en el espejo, te ves bien. Si al mirarte al espejo, te ves mal, piensas: “Ay, qué terrible persona soy, no merezco estar vivo”. “Rogar por morirme”. Pero mientras uno se vista bien, gaste más dinero en sastres y menos en psiquiatras, estará mejor.

—¿Y gastar en tecnología?

—No soy parte de la tecnología. Ni siquiera tengo un celular. Tengo contacto visual con la gente. Contacto directo.

—¿No se siente fuera de la conversación?

—No. Tengo mi propio mundo.

—¿Cómo es ese mundo?

—Mientras yo me relacione con seres humanos vivos, puedo hablar con ellos. No necesito tecnología. La tecnología está en mi camino, pero como una intrusa. La tecnología me molesta. Me confunde. Es mucha la interferencia que produce. No quiero que la tecnología interfiera en la naturaleza humana de mis relaciones.

Y luego dice:

—Las personas mayores tienen que encontrar su lugar en el mundo. Tienen que hacer, crear algo. Y si no, deben encontrar aquello que los haga sentirse útiles. Si no tienen trabajo, pueden ofrecerse como voluntarios para ayudar a alguien más. La gente tiene que mover el trasero, tiene que vestirse bien, y hacer algo por los demás. Mucha gente necesita ayuda. Mucha gente, que yo sepa, es vieja, pero inteligente y debería usar su inteligencia para ayudar a otros, que tal vez no tengan tanta suerte.

—¿Qué lo mantiene motivado como escritor?

—Estoy trabajando porque soy un trabajador. Siempre lo he sido. Mi padre era trabajador. Vengo de una familia muy trabajadora. No me siento cómodo sentado en un bote pescando en Cayo Hueso, en Florida. No me siento cómodo en un crucero turístico. No me siento cómodo sentado en una banca dándole de comer a las palomas. Soy un trabajador y quiero hacer un buen trabajo. Mi padre era sastre. Hizo trajes hermosos. No los vendió todos, pero los hizo hermosos, y le gustaba ser un buen trabajador. Me gusta escribir párrafos que se lean bien y escribir buenas historias, bien elaboradas. Como un traje bien hecho. Como mi padre solía hacer un buen traje. Yo escribo como un sastre. **D**



PANAMA HAT. Talese es coleccionista de sombreros.



PROBLEMA. Conseguir un taxi es una hazaña diaria para el escritor.